

A los costados de las autopistas israelíes, la línea se ve con definición: de un lado la tierra forestada y con grandes arboledas; del otro los territorios ocupados, una extensa mancha color ceniza. Israel pasó en 1967 la línea verde y ocupó tierras palestinas que se convirtieron, desde diciembre pasado, en el eje del conflicto de Medio Oriente. En este suplemento se publica un adelanto del libro *La guerra de las piedras*, de Jorge Lanata, y un ensayo de Shulamit Har-Even, socióloga israelí, sobre las crisis de identidad de su pueblo. En ambos casos —aun cuando se soslaya permanentemente el problema palestino— la nota se ubica dentro de la sociedad israelí que enfrenta una de las crisis más largas —y de difícil resolución— en toda su existencia como Estado.

Suplemento de Investigación y Reportajes de Página/12

ISRAEL
LA LINEA VERDE



Por Jorge Lanata

El micro va hacia ninguna parte. Cruza un puente a toda velocidad y después retoma la entrada al aeropuerto de Londres. Alguien dice que, como argentinos y sin visa, no podemos pisar suelo británico. Es lo más parecido a una explicación hasta que el micro se detiene con un ronquido frente a una oficina de seguridad del aeropuerto. Los veinte argentinos que viajamos a Tel Aviv vía Londres y Amsterdam formamos una fila que evita cuidadosamente pisar la raya amarilla anterior al detector de metales.

—¡No se puede ir al free-shop! —se lamenta con desesperación de *déme dos* una docente cincuentona.

Un empleado del aeropuerto guía a la comitiva hasta las oficinas de EL AL, la línea aérea israelí. Nueva fila en un local atestado. Faltan dos horas, pero desde Amsterdam nos advierten: la revisación es larga y complicada, habrá que esperar.

Una mujer de traje sastre señala otro mostrador. La foto de su credencial —la lleva en el pecho— es idéntica a su cara: puede olvidarse con facilidad, pero da a la vez la impresión de ser una persona conocida. Un rostro común, es eso. La mujer ensaya su sonrisa número treinta y seis, y luego endurece la voz:

—¿Profesión?

—Periodista.

—¿Adónde viaja?

—Tel Aviv, Gaza y Cisjordania.

—¿Estuvo alguna vez?

—No.

—¿Conoce gente en Israel?

—No.

—¿Dónde va a parar?

—Imagino que en un hotel, y algunos días en un kibutz.

—¿Cómo parará en un kibutz si no conoce a nadie?

Pregunta rápido y espera respuestas rápidas. En ese ping pong el interlocutor se transforma en culpable de inmediato.

—Viajo invitado por el Mapam, el partido socialista israelí.

—¿Quién lo invitó?

—El Mapam —digo, mirándola a los ojos y con cierta molestia.

—¿Tiene credenciales de su periódico?

Extiendo la credencial, enredada con el pasaporte y los pasajes. La mira con detenimiento. Pienso en pedirle permiso para fumar. Un compañero se le acerca y cambian un par de palabras en hebreo.

—El Mapam —digo, con tono de disculpas— me dio una lista de gente a entrevistar en Israel. ¿Quiere verla?

—Sí, por favor —y ensaya la sonrisa veintisiete.

—Es ésta.

—¿Va a ver a toda esta gente?

—Voy a tratar.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Treinta días.

—¿Hizo usted su equipaje?

—¿Qué?

—Si armó usted su valija.

—Nnno... sssí. Sí, la armé yo.

—¿La revisó antes de cerrarla?

—Sí, la revisé.

—¿Lleva paquetes o regalos para alguna persona en Israel?

—No —miento, llevaba algunos sobres y una bolsa con un mecano.

La mujer rebota la credencial sobre su palma y extiende una mirada insoportable.

—¿Ha visitado algún país árabe?

—No.

—Permítame de nuevo la lista.

Y la mujer se aleja con el papel. A los diez minutos regresa.

—Hablamos con el señor Dob Avital en Tel Aviv. Acaba de confirmarnos que lo esperan esta tarde en el aeropuerto. Muchas gracias.

—¿Ya dejé de ser culpable? —le pregunto, y la mujer sonríe sin contestar.

Un grupo de jóvenes argentinos discute en la sala de espera. Un adolescente rubio con camisa a cuadros enhebra un discurso a favor de las medidas de seguridad.

—Y las bombas en los aviones, ¿eh? —remata una frase.

Algunos se contentan con la explicación. Al rato todo el grupo deberá bajar a la pista. Ahí está todo el equipaje en el suelo. Hay que "reconocerlo". Abrir las valijas, revisar si no hay nada extraño, volver a cerrarlas y avisar. En el acto serán precintadas. "Security", dice una pequeña calcomanía amarilla que será pegada sobre los bolsos.

En la conquista

Todas las bocinas suenan a la vez y el ruido es el de una bandada de gansos que graznan con desesperación. La autopista que comunica Tel-Aviv con el kibutz Ramot Menashé está definitivamente embotellada. Los hombres que se desploman en el respaldo del asiento y eligen encender la radio del auto parecen habituados a este tránsito de las siete de la tarde. En media hora estarán en casa y podrán consagrarse a la televisión, en el país de mayor porcentaje de videocaseteras por habitante. Un 65 por ciento de los israelíes enlata su programa favorito o consume films a los pocos meses de estrenarse en el mercado. Celso, un brasileño del movimiento Paz Ahora que será mi traductor por veinticinco días me mira con reprobación.

—El cinto.

—¿Qué?

—La *fita*, el cinto. Que te pongas el cinto. Son cien dólares de multa.

Voy a escuchar esa advertencia durante toda la estadía. Inspectores municipales atisban desde los sitios más insólitos de la ruta, y hace años que es obligación usar el cinturón de seguridad. Mi reacción inmediata es del todo argentina: cruzo el cinturón sobre el brazo, sin abrocharlo. Así es más fácil.

—Todo el cinto —dice Celso y los dos nos reímos.

La fila avanza con dificultad. El mar es un borde verde y lejano a la izquierda de la autopista, que en el otro carril está desierta. Un par de camiones del ejército cruzan a toda velocidad y son devorados por la entrada a la ciudad. Adelante, en el camino, un grupo de soldados hace auto stop.

Un Mazda se detiene y los soldados entran acomodando el caño de las ametralladoras UZI. Después el auto vuelve a la fila. Lleva en la luneta trasera una calcomanía: "El pueblo contra la prensa enemiga", dice.

Una mujer de edad indefinida y piernas jóvenes se apoya contra un farol de alumbrado en un desvío. La fila avanza con indiferencia. La mujer ajusta sus medias y masca chicle esperando que el tiempo pase de una vez.

—¿Querés ir a Tel Baruj? —bromea Celso, y luego explica—. Es acá en el desvío, en el basurero. Ahí están las putas. Allá.

Y cruza el brazo hacia el mar, señalando.

—Ahí las contratás, pero dónde... —pregunto, perseguido por la horizontalidad.

—En el auto. Cogen en el auto. ¿Ves esos coches? Son de... de los... macrós, ¿cómo le dicen ustedes?

—Fiolos, vividores.

—Eso, fiolos —deletrea—, se quedan aún costado y las vigilan de cerca.

El nudo del tránsito comienza a desatarse y los coches —en su mayoría europeos, con placas amarillas— se disputan metro a metro el pavimento.

—¿Qué es ese número adelante de la chapa?

—El año, el modelo del auto. Lo pusieron hace poco. ¿Sabés qué pasó? Desde que el año aparece en la placa aumentó la venta de coches nuevos.

Más de la mitad de los israelíes tiene automóvil. Un ochenta por ciento posee teléfono y todos ganan más de setecientos dólares al mes. En el caso de los árabes las diferencias resultan abismales: un diez por ciento tiene auto, y el salario —por el mismo trabajo— es de ciento setenta dólares en la franja de Gaza y de doscientos dólares si es en territorio de Israel.

—Esos son colonos —dice Celso señalando una camioneta, después se arrepiente— bah, colonos. Son conquistadores.

La mayoría de los partidos de derecha comenzaron a colonizar las tierras ocupadas a los palestinos en 1970, tres años después de la guerra. Las facilidades económicas y las líneas de crédito fueron tan estimulantes que muchos eligieron dejar la ciudad y volver a empezar en los territorios. Algunas de las villas de los colonos están cubiertas por alambre de púa, y en general se ubican cerca del destacamento militar. Recién una semana más tarde veré esa escena patética: un grupo de jóvenes tomando sol en una pileta, a metros de un alambrado de seguridad, recostados con la boca abierta a la sed, como si nada existiera.

La línea verde

—Ahí se ve claro, mirá —señala Celso.

—¿Qué? —pregunto, mientras el sol se desmaya definitivamente sobre la tierra.

—La línea verde. Mirá: hasta allá, donde se ven los árboles. La forestación, es israelí. Pasando, son territorios ocupados. Son aquellos color ceniza, ¿alcanzás a ver?

A los cuarenta y cinco minutos de viaje, un cartel afirma "Ramot Menashé 15". En el auto la radio insiste con una cortina musical:

—This is the voice of peace (esta es la voz de la paz).

Es la radio que transmite en inglés —el resto lo hace en hebreo— y está ubicada fuera del territorio continental. La Voz de la Paz es un barco.

Un locutor asegura que el día terminará nublado y que por la mañana bajará la temperatura. Otro agrega noticias: hubo disturbios en Ramallah, hay ocho árabes detenidos entre ellos el presidente del Colegio de Abogados local. Ya han pasado tres meses de la guerra de las piedras. Los detenidos llegan a tres mil, y los muertos son más de ochenta. El *Jerusalem Post* que compré en el aeropuerto asegura en su primera plana que poco puede esperarse de la visita de Shultz. El ministro israelí de Justicia —dice el diario en un recuadro— ha afirmado en Estados Unidos: "Los árabes son mentirosos de nacimiento". En unos días será el presidente Yitzhak Shamir quien viaje a Washington. Los norteamericanos regalan dos mil quinientos millones de dólares al año a Israel a modo de subsidio, y la colonia judía de Nueva York está preocupada por la imagen internacional del país. La preocupación se extiende a Henry Kissinger, pero por razones diversas: el *New York Times* acaba de publicar un memorándum confidencial en el que el ex secretario de Estado aconseja a Julius Berman, ex presidente de las Organizaciones Judías Norteamericanas. "Como primera medida

Amiran Harlap





Por Jorge Lanata

El micro va hacia ninguna parte. Cruza un puente a toda velocidad y después retoma la entrada al aeropuerto de Londres. Alguien dice que, como argentinos y sin visa, no podemos pisar suelo británico. Es lo más parecido a una explicación hasta que el micro se detiene con un ronquido frente a una oficina de seguridad del aeropuerto. Los veinte argentinos que viajamos a Tel Aviv vía Londres y Amsterdam formamos una fila que evita cuidadosamente pisar la raya amarilla anterior al detector de metales.

—¡No se puede ir al free-shop! —se lamenta con desesperación de *déme dos* una docente cincuentona.

Un empleado del aeropuerto guía a la comitiva hasta las oficinas de EL AL, la línea aérea israelí. Nueva fila en un local atestado. Faltan dos horas, pero desde Amsterdam nos advierten: la revisación es larga y complicada, habrá que esperar.

Una mujer de traje sastre señala otro mostrador. La foto de su credencial —la lleva en el pecho— es idéntica a su cara: puede olvidarse con facilidad, pero da a la vez la impresión de ser una persona conocida. Un rostro común, es eso. La mujer ensaya su sonrisa número treinta y seis, y luego endurece la voz:

—¿Profesión?

—Periodista.

—¿Adónde viaja?

—Tel Aviv, Gaza y Cisjordania.

—¿Estuvo alguna vez?

—No.

—¿Conoce gente en Israel?

—No.

—¿Dónde va a parar?

—Imagino que en un hotel, y algunos días en un kibutz.

—¿Cómo parará en un kibutz si no conoce a nadie?

Pregunta rápido y espera respuestas rápidas. En ese ping pong el interlocutor se transforma en culpable de inmediato.

—Viajo invitado por el Mapam, el partido socialista israelí.

—¿Quién lo invitó?

—El Mapam —digo, mirándola a los ojos y con cierta molestia.

—¿Tiene credenciales de su periódico?

Extiendo la credencial, enredada con el pasaporte y los pasajes. La mira con detenimiento. Pienso en pedirle permiso para fumar. Un compañero se le acerca y cambian un par de palabras en hebreo.

—El Mapam —digo, con tono de disculpas— me dio una lista de gente a entrevistar en Israel. ¿Quiere verla?

—Sí, por favor —y ensaya la sonrisa veintisiete.

—Es ésta.

—¿Va a ver a toda esta gente?

—Voy a tratar.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Treinta días.

—¿Hizo usted su equipaje?

—¿Qué?

—Si armó usted su valija.

—Nnno... sssí. Sí, la armé yo.

—¿La revisó antes de cerrarla?

—Sí, la revisé.

—¿Lleva paquetes o regalos para alguna persona en Israel?

—No —miento, llevaba algunos sobres y una bolsa con un mecano.

La mujer rebota la credencial sobre su palma y extiende una mirada insoportable.

—¿Ha visitado algún país árabe?

—No.

—Permítame de nuevo la lista.

Y la mujer se aleja con el papel. A los diez minutos regresa.

—Hablamos con el señor Dob Avital en Tel Aviv. Acaba de confirmarnos que lo esperan esta tarde en el aeropuerto. Muchas gracias.

—¿Ya dejé de ser culpable? —le pregunto, y la mujer sonríe sin contestar.

Un grupo de jóvenes argentinos discute en la sala de espera. Un adolescente rubio con camisa a cuadros enhebra un discurso a favor de las medidas de seguridad.

—Y las bombas en los aviones, ¿eh? —remata una frase.

Algunos se contentan con la explicación.

Al rato todo el grupo deberá bajar a la pista. Ahí está todo el equipaje en el suelo. Hay que "reconocerlo". Abrir las valijas, revisar si no hay nada extraño, volver a cerrarlas y avisar. En el acto serán precintadas. "Security", dice una pequeña calcomanía amarilla que será pegada sobre los bolsos.

En la conquista

Todas las bocinas suenan a la vez y el ruido es el de una bandada de gansos que graznan con desesperación. La autopista que comunica Tel-Aviv con el kibutz Ramot Menashé está definitivamente embotellada. Los hombres que se desploman en el respaldo del asiento y eligen encender la radio del auto parecen habituados a este tránsito de las siete de la tarde. En media hora estarán en casa y podrán consagrarse a la televisión, en el país de mayor porcentaje de videocaseteras por habitante. Un 65 por ciento de los israelíes enlata su programa favorito o consume films a los pocos meses de estrenarse en el mercado. Celso, un brasileño del movimiento Paz Ahora que será mi traductor por veinticinco días me mira con reprobación.

—El cinto.

—¿Qué?

—La *fita*, el cinto. Que te pongas el cinto. Son cien dólares de multa.

Voy a escuchar esa advertencia durante toda la estadía. Inspectores municipales atisban desde los sitios más insólitos de la ruta, y hace años que es obligación usar el cinturón de seguridad. Mi reacción inmediata es del todo argentina: cruzo el cinturón sobre el brazo, sin abrocharlo. Así es más fácil.

—Todo el cinto —dice Celso y los dos nos reímos.

La fila avanza con dificultad. El mar es un borde verde y lejano a la izquierda de la autopista, que en el otro carril está desierta. Un par de camiones del ejército cruzan a toda velocidad y son devorados por la entrada a la ciudad. Adelante, en el camino, un grupo de soldados hace auto stop.

Un Mazda se detiene y los soldados entran acomodando el caño de las ametralladoras UZI. Después el auto vuelve a la fila. Lleva en la luneta trasera una calcomanía: "El pueblo contra la prensa enemiga", dice.

Una mujer de edad indefinida y piernas jóvenes se apoya contra un farol de alumbrado en un desvío. La fila avanza con indiferencia. La mujer ajusta sus medias y masca chicle esperando que el tiempo pase de una vez.

—¿Querés ir a Tel Baruj? —bromea Celso, y luego explica—. Es acá en el desvío, en el basurero. Ahí están las putas. Allá.

Y cruza el brazo hacia el mar, señalando.

—Ahí las contratás, pero dónde... —pregunto, perseguido por la horizontalidad.

—En el auto. Cogen en el auto. ¿Ves esos coches? Son de... de los... macrós, ¿cómo le dicen ustedes?

—Fiolos, vividores.

—Eso, fiolos —deletrea—, se quedan aún costado y las vigilan de cerca.

El nudo del tránsito comienza a desatarse y los coches —en su mayoría europeos, con placas amarillas— se disputan metro a metro el pavimento.

—¿Qué es ese número adelante de la chapa?

—El año, el modelo del auto. Lo pusieron hace poco. ¿Sabés qué pasó? Desde que el año aparece en la placa aumentó la venta de coches nuevos.

Más de la mitad de los israelíes tiene automóvil. Un ochenta por ciento posee teléfono y todos ganan más de setecientos dólares al mes. En el caso de los árabes las diferencias resultan abismales: un diez por ciento tiene auto, y el salario —por el mismo trabajo— es de ciento setenta dólares en la franja de Gaza y de doscientos dólares si es en territorio de Israel.

—Esos son colonos —dice Celso señalando una camioneta, después se arrepiente— bah, colonos. Son conquistadores.

La mayoría de los partidos de derecha comenzaron a colonizar las tierras ocupadas a los palestinos en 1970, tres años después de la guerra. Las facilidades económicas y las líneas de crédito fueron tan estimulantes que muchos eligieron dejar la ciudad y volver a empezar en los territorios. Algunas de las villas de los colonos están cubiertas por alambre de púa, y en general se ubican cerca del destacamento militar. Recién una semana más tarde veré esa escena patética: un grupo de jóvenes tomando sol en una pileta, a metros de un alambrado de seguridad, recostados con la boca abierta a la sed, como si nada existiera.

La línea verde

—Ahí se ve claro, mirá —señala Celso.

—¿Qué? —pregunto, mientras el sol se desmaya definitivamente sobre la tierra.

—La línea verde. Mirá: hasta allá, donde se ven los árboles. La forestación, es israelí. Pasando, son territorios ocupados. Son aquellos color ceniza, ¿alcanzás a ver?

A los cuarenta y cinco minutos de viaje, un cartel afirma "Ramot Menashé 15". En el auto la radio insiste con una cortina musical:

—This is the voice of peace (esta es la voz de la paz).

Es la radio que transmite en inglés —el resto lo hace en hebreo— y está ubicada fuera del territorio continental. La Voz de la Paz es un barco.

Un locutor asegura que el día terminará nublado y que por la mañana bajará la temperatura. Otro agrega noticias: hubo disturbios en Ramallah, hay ocho árabes detenidos entre ellos el presidente del Colegio de Abogados local. Ya han pasado tres meses de la guerra de las piedras. Los detenidos llegan a tres mil, y los muertos son más de ochenta. El *Jerusalem Post* que compré en el aeropuerto asegura en su primera plana que poco puede esperarse de la visita de Shultz. El ministro israelí de Justicia —dice el diario en un recuadro— ha afirmado en Estados Unidos: "Los árabes son mentirosos de nacimiento". En unos días será el presidente Yitzhak Shamir quien viaje a Washington. Los norteamericanos regalan dos mil quinientos millones de dólares al año a Israel a modo de subsidio, y la colonia judía de Nueva York está preocupada por la imagen internacional del país. La preocupación se extiende a Henry Kissinger, pero por razones diversas: el *New York Times* acaba de publicar un memorándum confidencial en el que el ex secretario de Estado aconseja a Julius Berman, ex presidente de las Organizaciones Judías Norteamericanas. "Como primera medida —dice Kissinger— hay que sacar a la televisión, al estilo de Sudáfrica. Hay que terminar con los disturbios lo más rápido posible y en forma enérgica y brutal". Ayer, después de dos semanas de silencio, Kissinger habló para el *Washington Post*. No desmintió el contenido del memo, pero expresó su "indignación, esas noticias no tendrían que haber sido filtradas a la prensa".

Celso estaciona el Ford Fiesta e informa que en el kibutz no se puede andar en auto, a menos que se trate de una emergencia. A esta hora todos están en el comedor. Hay saludos amables y algunas preguntas. Antes de acomodar el equipaje pasamos por la "casa de los chicos". Allí viven los niños desde los seis meses. Todos juntos, cuidados a la mañana por sus maestros y a la noche seguros por un control electrónico: un micrófono permanente detecta cuando alguno de los niños llora y durante la noche los integrantes del kibutz se turnan en la guardia. Al otro día tendrán escuela —o jardín— por la mañana y a la tarde, de cuatro a ocho, estarán con sus padres. Los kibutzim representan el diez por ciento del país: la utopía socialista de montar una economía cooperativa, en la que no circula dinero, en la que se comparten la cultura y los bienes. Cada kibutz es una pequeña ciudad con su fábrica, cultivos, lavaderos, comedor, biblioteca y escuela secundaria. Ocuparé un cuarto que dejó un joven que presta servicio militar en los territorios.

En la cena alguien comenta que a comienzos de los sesenta, Jean Paul Sartre visitó el kibutz.

—¿Sabés qué dijo?

—No.

—Tengan cuidado, porque los humanos van a arruinarlo.

El vuelo pesado de las cigüeñas

Alguien está tirando la puerta abajo. Son las seis y treinta de la mañana y Celso grita del otro lado que pasará a las siete para ir a la ciudad. Hace frío, y me neurotiza esta tranquilidad. Abro lo que quedó de la puerta: la mañana es absolutamente verde. A lo lejos se escucha el ronroneo de un tractor. Peleo para despegar nescafé de una lata y luego intento un brebaje. No tengo una radio y, aunque la tuviera, no entendería una palabra. Leo "*Semana*", un hebdomadario israelí que se edita en castellano: "El jefe del Comando Central ordenó la suspensión por dos meses del servicio activo de un soldado que mató a una joven palestina de 25 años en Al Ram, en las afueras de Jerusalem. La mujer murió cuando un grupo de soldados abrió fuego contra un grupo de jóvenes que apedreaba un vehículo del ejército (...) El soldado habría perdido el control al verse separado de sus compañeros en las calles del pueblo, ya que había corrido en persecución de uno de los jóvenes que se metió en una casa vecina donde la víctima estaba tendiendo ropa. Algunas personas presentes afirmaron que logró atrapar al muchacho que había tirado las piedras y que fue durante el forcejeo con la mujer, que intervino para que lo dejara marchar, cuando la hirió mortalmente de un balazo en el pecho (...). *Radio Israel* anunció que "como gesto de buena voluntad las autoridades israelíes le permitirán a los familiares de la víctima quedarse en el país, a pesar de que no tienen permiso oficial de residencia en la zona".

—Pasemos antes por la escola —dice Celso. Es profesor de "Actualidad", una materia similar a Educación Cívica o ERSA de los colegios argentinos. Tendrá licencia durante estas semanas —se la otorgó la asamblea del kibutz— pero hay cosas que arreglar. Los adolescentes —casi todos nacidos en el kibutz— viven en un "campus" a metros del colegio. Chicos y chicas pueden compartir la habitación sin problemas, o hasta que descubran los conflictos del matrimonio. Ahora todos están ordenando los cuartos, por los que parece haber pasado un ejército de ocupación. Viven el conflicto de los territorios con gran contradicción: sus amigos de fuera del kibutz son terminantes, quieren acabar con los árabes y rápido. Ellos provienen de padres pacifistas y progresistas, pero entran y salen a diario a la otra sociedad.

—Este es el único lugar donde, en la Universidad, los alumnos son más reaccionarios que los profesores —cavila Celso con una sonrisa.

Hablamos con algunos soldados del Tzhal. Deben hacer el servicio militar durante tres años y luego serán convocados un mes por año durante toda su vida, hasta los cincuenta.

—Nos educaron para ser los mejores —dice uno—, devolver las tierras ocupadas sería reconocer un error colectivo.

En el kibutz se discute si se debe permitir que los chicos sean reclutados para los territorios, o si toda la comunidad debe oponerse. Hace una semana hubo una asamblea para discutir este punto y todavía resuenan los ecos del conflicto. La mayoría sostuvo que se debe ir, pero para dar el ejemplo. Un pequeño grupo se opuso, asegurando que este razonamiento era infantil, y fueron acusados de "sudacas". "Todos los sudamericanos son iguales", gritó alguien con tono acusador, y la discusión cambió de eje y de volumen. Habrá otra asamblea esta semana. El "grupo opositor" no se amilanó: hace tres días que pegan carteles con la lista de los palestinos asesinados durante la revuelta. En el cartel figura el nombre y la edad, y al lado el nombre de una adolescente del kibutz de la misma edad, que podría haber muerto.

La mujer de Celso cruza por el frente de la secundaria con sus dos hijos de la mano. Va hacia la Casa de los Chicos. Se integra a la discusión con un gesto de aburrimiento.

—Algún día van a terminar de reprimir —le digo.

—Algún día van a terminar de tirar piedras —dice, y retoma su camino.

Un aleteo pesado cruza el cielo y se mezcla en la copa de los pinos que rodean al colegio. Uno de los adolescentes señala hacia arriba, usando la mano como visera:

—¿Qué son? —pregunto.

—Cigüeñas.

Todos miramos al cielo con asombro. Las cigüeñas se bambolean como si el aire apenas pudiera sostenerlas. Vuelan bajo, y cuando parecen a punto de toparse con el techo de tejas pegan un salto aéreo y superan el obstáculo con facilidad. Todos miramos las cigüeñas. Los adolescentes sonríen y chistan hacia el cielo y vuelven a ser chicos.



Roberto Azoff

Foreign Press

El *Al Hamishmar*, periódico del Mapam, se recibe gratuitamente en el kibutz. Hoy publica una encuesta en la que me sumerjo durante el largo trayecto a Tel Aviv. Un setenta por ciento del público está de acuerdo en usar un arma atómica. ¿La usarían en este conflicto? La encuesta no lo aclara. Más de un sesenta por ciento acuerda con el Transfer, la posibilidad de transferir a los árabes a Jordania. El eufemismo es claro: expulsarlos del territorio, como los soviéticos con los polacos o los nazis con los judíos. Sólo un cuarenta por ciento cree que el Estado debe tratar a árabes y judíos en un pie de igualdad. Uno de cada cinco israelíes ha pensado en los últimos años en abandonar el país. Sólo un diez por ciento cree que la ocupación puede modificar el carácter democrático del Estado.

Una noticia de último momento fue insertada en la contratapa de los sesenta mil ejemplares del periódico: un abogado de Gaza que dio anoche una charla en la Universidad fue detenido al salir del claustro. Deberá permanecer seis meses bajo arresto administrativo y sin juicio previo.

—¿Podremos conseguir las leyes del mandato?

—¿De qué? Ah, de los ingleses. Sí, deben estar en cualquier biblioteca.

La ley que se aplica en los territorios es la legislación del mandato británico, que los ingleses aplicaron contra los terroristas judíos que los combatían, antes del nacimiento del Estado. Entre esos terroristas estaba Shamir, el actual presidente, y también Rabín, el ministro de Defensa que llevó al país a la guerra del Líbano.

Un coche toca bocina y se adelanta. Los dos miramos y el conductor saca la cabeza por la ventanilla para gritar un insulto. No hace falta entender hebreo para saber que acaba de acordarse de nuestras familias.

—¿Qué dijo?

—¿Te lo traduzco todo? Vayan a joder a otro lado, filhos da puta. Es el cartel. Yo te dije que no pusiéramos el cartel.

El cartel de Foreign Press (Prensa Extranjera) está en el parabrisas derecho del Ford. Dice simplemente eso, en inglés y en árabe. Es imprescindible para entrar en los territorios. Manejamos un auto israelí —con placa amarilla, la de los palestinos es azul—, podemos sufrir una lluvia de piedras si se nos confunde con los colonos.

Tel Aviv respira con normalidad. Los comercios están repletos y en la zona turística parejas de ancianos norteamericanos recorren el boulevard encantados por el Mediterráneo. Un par de edificios negros se recorta sobre otra autopista, a un costado de la ciudad.

—Es la Bolsa de diamantes.

Israel es el principal cortador de diamantes del mundo. Los importa de Sudáfrica, se revenden e ingresan al mercado de Nueva York. El auto se desvía hasta el Ministerio de Defensa. El trámite para acreditarse y trabajar en los territorios es relativamente simple. De allí a la Oficina de Censura Militar.

—Pero ahí dice Club de La Prensa.

—Sí, es acá.

—No puede ser, debe ser al lado.

—Es acá, los periodistas y la censura funcionan en el mismo edificio.

Un teniente bosteza ante los formularios, los sella e imparte instrucciones. Pregunta si quiero recorrer la zona con una patrulla israelí. Decimos que no, que tal vez, que más adelante. Es mejor entrar solos a las ciudades árabes.

—No me quiero sentir un conquistador —dice Celso, que sufrió varios meses en una prisión militar por haber publicado un diario de guerra en la *Folha de Sao Paulo*, mientras cumplía el servicio militar en Jebrón.

En el caso de los diarios, la censura funciona por un acuerdo con los editores. Toda noticia referida a los territorios ocupados pasa el tamiz de la censura antes de su publicación. También las fotografías, y los reporteros gráficos deben mostrar contactos antes de revelar. En la planta baja, los corresponsales extranjeros matan el tiempo contando hazañas y jugando a las cartas.

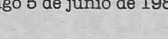
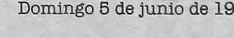
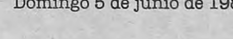
El noticiero de las nueve

En el resto de la ciudad la guerra no existe. Sólo por la noche algunos bares se llenan de jóvenes de uniforme que vuelven a sus casas, metralla en mano. Entran a los restaurantes y acomodan el arma, vigilan el seguro y después vuelven cómodamente a la infancia. Por la tarde una multitud estalla en el shopping de la calle Dizengoff, donde suena Madonna hasta el hartazgo y las jovencitas se pavonean, deseadas como fetiches.

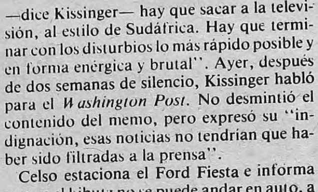
No hay árabes en esta ciudad donde doscientos mil árabes forman parte del circuito de trabajo. No hay árabes en la ciudad que se ve. Están detrás de los mostradores, como lavaplatos, o son los que limpian el local cuando las puertas están cerradas. Algunos cambian su nombre por uno israelí, y balbucean el hebreo con dificultad para poder conseguir trabajo. En los bares se cumple la metáfora del país: basta sólo dar unos pasos y cruzar una puerta, del otro lado están los árabes, los salarios de cien dólares, el conflicto. Basta dar un volantazo de veinte kilómetros sobre la autopista para entrar en territorio ocupado. Así entraré a Ramallah días más tarde: por accidente, por un cartel mal puesto, por sorpresa. Los sicólogos aseguran desde arriba del ropero que este fenómeno se llama disonancia cognitiva. "El



Amiran Harlap

Domingo 5 de junio de 1988

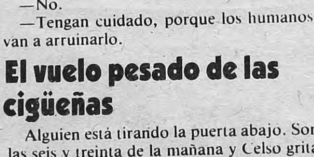


—dice Kissinger— hay que sacar a la televisión, al estilo de Sudáfrica. Hay que terminar con los disturbios lo más rápido posible y en forma enérgica y brutal". Ayer, después de dos semanas de silencio, Kissinger habló para el *Washington Post*. No desmintió el contenido del memo, pero expresó su "indignación, esas noticias no tendrían que haber sido filtradas a la prensa".

Celso estaciona el Ford Fiesta e informa que en el kibutz no se puede andar en auto, a menos que se trate de una emergencia. A esta hora todos están en el comedor. Hay saludos amables y algunas preguntas. Antes de acomodar el equipaje pasamos por la "casa de los chicos". Allí viven los niños desde los seis meses. Todos juntos, cuidados a la mañana por sus maestros y a la noche seguros por un control electrónico: un micrófono permanente detecta cuando alguno de los niños llora y durante la noche los integrantes del kibutz se turnan en la guardia. Al otro día tendrán escuela —o jardín— por la mañana y a la tarde, de cuatro a ocho, estarán con sus padres. Los kibutzim representan el diez por ciento del país: la utopía socialista de montar una economía cooperativa, en la que no circula dinero, en la que se comparten la cultura y los bienes. Cada kibutz es una pequeña ciudad con su fábrica, cultivos, lavaderos, comedor, biblioteca y escuela secundaria. Ocuparé un cuarto que dejó un joven que presta servicio militar en los territorios.

En la cena alguien comenta que a comienzos de los sesenta, Jean Paul Sartre visitó el kibutz.

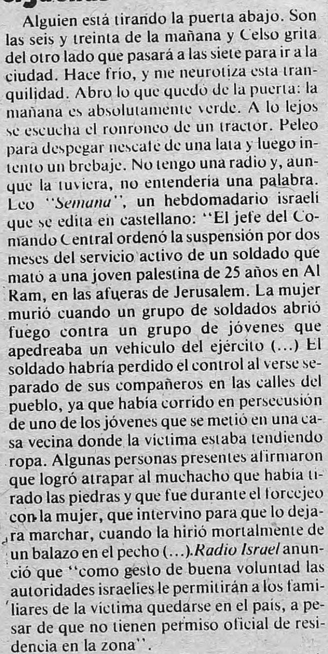
—¿Sabés qué dijo?



—No.

—Tengan cuidado, porque los humanos van a arruinarlo.

El vuelo pesado de las cigüeñas



Alguien está tirando la puerta abajo. Son las seis y treinta de la mañana y Celso grita del otro lado que pasará a las siete para ir a la ciudad. Hace frío, y me neurotiza esta tranquilidad. Abro lo que quedó de la puerta: la mañana es absolutamente verde. A lo lejos se escucha el ronroneo de un tractor. Peleo para despegar nescafé de una lata y luego intento un brebaje. No tengo una radio y, aunque la tuviera, no entendería una palabra. Leo "*Semana*", un hebdomadario israelí que se edita en castellano: "El jefe del Comando Central ordenó la suspensión por dos meses del servicio activo de un soldado que mató a una joven palestina de 25 años en Al Ram, en las afueras de Jerusalem. La mujer murió cuando un grupo de soldados abrió fuego contra un grupo de jóvenes que apedreaba un vehículo del ejército (...) El soldado habría perdido el control al verse separado de sus compañeros en las calles del pueblo, ya que había corrido en persecución de uno de los jóvenes que se metió en una casa vecina donde la víctima estaba tendiendo ropa. Algunas personas presentes afirmaron que logró atrapar al muchacho que había tirado las piedras y que fue durante el forcejeo con la mujer, que intervino para que lo dejara marchar, cuando la hirió mortalmente de un balazo en el pecho (...).*Radio Israel* anunció que "como gesto de buena voluntad las autoridades israelíes le permitirán a los familiares de la víctima quedarse en el país, a pesar de que no tienen permiso oficial de residencia en la zona".

—Pasemos antes por la escola —dice Celso. Es profesor de "Actualidad", una materia similar a Educación Cívica o ERSA de los colegios argentinos. Tendrá licencia durante estas semanas —se la otorgó la asamblea del kibutz— pero hay cosas que arreglar. Los adolescentes —casi todos nacidos en el kibutz— viven en un "campus" a metros del colegio. Chicos y chicas pueden compartir la habitación sin problemas, o hasta que descubran los conflictos del matrimonio. Ahora todos están ordenando los cuartos, por los que parece haber pasado un ejército de ocupación. Viven el conflicto de los territorios con gran contradicción: sus amigos de fuera del kibutz son terminantes, quieren acabar con los árabes y rápido. Ellos provienen de padres pacifistas y progresistas, pero entran y salen a diario a la otra sociedad.

—Este es el único lugar donde, en la Universidad, los alumnos son más reaccionarios que los profesores —cavila Celso con una sonrisa.

Hablamos con algunos soldados del Tzhal. Deben hacer el servicio militar durante tres años y luego serán convocados un mes por año durante toda su vida, hasta los cincuenta.

—Nos educaron para ser los mejores —dice uno—, devolver las tierras ocupadas sería reconocer un error colectivo.

En el kibutz se discute si se debe permitir que los chicos sean reclutados para los territorios, o si toda la comunidad debe oponerse. Hace una semana hubo una asamblea para discutir este punto y todavía resuenan los ecos del conflicto. La mayoría sostuvo que se debe ir, pero para dar el ejemplo. Un pequeño grupo se opuso, asegurando que este razonamiento era infantil, y fueron acusados de "sudacas". "Todos los sudamericanos son iguales", gritó alguien con tono acusador, y la discusión cambió de eje y de volumen. Habrá otra asamblea esta semana. El "grupo opositor" no se amilanó: hace tres días que pegan carteles con la lista de los palestinos asesinados durante la revuelta. En el cartel figura el nombre y la edad, y al lado el nombre de una adolescente del kibutz de la misma edad, que podría haber muerto.


Roberto Azoff

La mujer de Celso cruza por el frente de la secundaria con sus dos hijos de la mano. Va hacia la Casa de los Chicos. Se integra a la discusión con un gesto de aburrimiento.

—Algún día van a terminar de reprimir —le digo.

—Algún día van a terminar de tirar piedras —dice, y retoma su camino.

Un aleteo pesado cruza el cielo y se mezcla en la copa de los pinos que rodean al colegio. Uno de los adolescentes señala hacia arriba, usando la mano como visera:

—¿Qué son? —pregunto.

—Cigüeñas.

Todos miramos al cielo con asombro. Las cigüeñas se bambolean como si el aire apenas pudiera sostenerlas. Vuelan bajo, y cuando parecen a punto de toparse con el techo de tejas pegan un salto aéreo y superan el obstáculo con facilidad. Todos miramos las cigüeñas. Los adolescentes sonríen y chistan hacia el cielo y vuelven a ser chicos.

Foreign Press

El *Al Hamishmar*, periódico del Mapam, se recibe gratuitamente en el kibutz. Hoy publica una encuesta en la que me sumerjo durante el largo trayecto a Tel Aviv. Un setenta por ciento del público está de acuerdo en usar un arma atómica. ¿La usarían en este conflicto? La encuesta no lo aclara. Más de un sesenta por ciento acuerda con el Transfer, la posibilidad de transferir a los árabes a Jordania. El eufemismo es claro: expulsarlos del territorio, como los soviéticos con los polacos o los nazis con los judíos. Sólo un cuarenta por ciento cree que el Estado debe tratar a árabes y judíos en un pie de igualdad. Uno de cada cinco israelíes ha pensado en los últimos años en abandonar el país. Sólo un diez por ciento cree que la ocupación puede modificar el carácter democrático del Estado.

Una noticia de último momento fue insertada en la contratapa de los sesenta mil ejemplares del periódico: un abogado de Gaza que dio anoche una charla en la Universidad fue detenido al salir del claustro. Deberá permanecer seis meses bajo arresto administrativo y sin juicio previo.

—¿Podremos conseguir las leyes del mandato?

—¿De qué? Ah, de los ingleses. Sí, deben estar en cualquier biblioteca.

La ley que se aplica en los territorios es la legislación del mandato británico, que los ingleses aplicaron contra los terroristas judíos que los combatían, antes del nacimiento del Estado. Entre esos terroristas estaba Shamir, el actual presidente, y también Rabin, el ministro de Defensa que llevó al país a la guerra del Líbano.

Un coche toca bocina y se adelanta. Los dos miramos y el conductor saca la cabeza por la ventanilla para gritar un insulto. No hace falta entender hebreo para saber que acaba de acordarse de nuestras familias.

—¿Qué dijo?

—¿Te lo traduzco todo? Vayan a joder a otro lado, filhos da puta. Es el cartel. Yo te dije que no pusiéramos el cartel.

El cartel de Foreign Press (Prensa Extranjera) está en el parabrisas derecho del Ford. Dice simplemente eso, en inglés y en árabe. Es imprescindible para entrar en los territorios. Manejamos un auto israelí —con placa amarilla, la de los palestinos es azul—, podemos sufrir una lluvia de piedras si se nos confunde con los colonos.

Tel Aviv respira con normalidad. Los comercios están repletos y en la zona turística parejas de ancianos norteamericanos recorren el boulevard encantados por el Mediterráneo. Un par de edificios negros se recorta sobre otra autopista, a un costado de la ciudad.

—Es la Bolsa de diamantes.

Israel es el principal cortador de diamantes del mundo. Los importa de Sudáfrica, se revenden e ingresan al mercado de Nueva York. El auto se desvía hasta el Ministerio de Defensa. El trámite para acreditarse y trabajar en los territorios es relativamente simple. De allí a la Oficina de Censura Militar.

—Pero ahí dice Club de La Prensa.

—Sí, es acá.

—No puede ser, debe ser al lado.

—Es acá, los periodistas y la censura funcionan en el mismo edificio.

Un teniente bosteza ante los formularios, los sella e imparte instrucciones. Pregunta si quiero recorrer la zona con una patrulla israelí. Decimos que no, que tal vez, que más adelante. Es mejor entrar solos a las ciudades árabes.

—No me quiero sentir un conquistador —dice Celso, que sufrió varios meses en una prisión militar por haber publicado un diario de guerra en la *Folha de Sao Paulo*, mientras cumplía el servicio militar en Jebrón.

En el caso de los diarios, la censura funciona por un acuerdo con los editores. Toda noticia referida a los territorios ocupados pasa el tamiz de la censura antes de su publicación. También las fotografías, y los reporteros gráficos deben mostrar contactos antes de revelar. En la planta baja, los corresponsales extranjeros matan el tiempo contando hazañas y jugando a las cartas.

El noticiero de las nueve

En el resto de la ciudad la guerra no existe. Sólo por la noche algunos bares se llenan de jóvenes de uniforme que vuelven a sus casas, metralla en mano. Entran a los restaurantes y acomodan el arma, vigilan el seguro y después vuelven cómodamente a la infancia. Por la tarde una multitud estalla en el shopping de la calle Dizengoff, donde suena Madonna hasta el hartazgo y las jovencitas se pavonean, deseadas como fetiches.

No hay árabes en esta ciudad donde doscientos mil árabes forman parte del circuito de trabajo. No hay árabes en la ciudad que se ve. Están detrás de los mostradores, como lavaplatos, o son los que limpian el local cuando las puertas están cerradas. Algunos cambian su nombre por uno israelí, y balbucean el hebreo con dificultad para poder conseguir trabajo. En los bares se cumple la metáfora del país: basta sólo dar unos pasos y cruzar una puerta, del otro lado están los árabes, los salarios de cien dólares, el conflicto. Basta dar un volantazo de veinte kilómetros sobre la autopista para entrar en territorio ocupado. Así entraré a Ramallah días más tarde: por accidente, por un cartel mal puesto, por sorpresa. Los sicólogos aseguran desde arriba del ropero que este fenómeno se llama disonancia cognitiva. "El





hombre —traducen— se niega a aceptar algo que ve". Los lingüistas encuentran una paradoja: en hebreo persona y tierra tienen la misma raíz; en árabe tierra y honor tienen la misma raíz.

—Adam, en hebreo es hombre. Adamá es tierra.

—Arda, en árabe es tierra. Ard significa honor.

Los políticos ganan campañas consagrados a la simpleza: al partido de derecha Likud, en el gobierno, le bastó difundir la idea de que la madre de Shimon Peres era árabe para restarle votos. Los punks se han convertido en el espejo por definición: atraviesan las calles de Tel Aviv con largos bastones blancos, idénticos a los que los soldados estrellan contra los palestinos.

Mi trabajo para los próximos veinticinco días —y, aunque no pudiera saberlo en aquel momento, para los próximos meses— será saber cuál es la tenaza que traba ese engranaje. Averiguar cómo puede vivirse durante cuarenta años en un estado de guerra permanente, cuando la guerra fue de cinco semanas en los últimos treinta y cuatro años.

"La paz es imposible mientras estemos en conflicto con los 22 estados árabes", será una frase que escucharé en las próximas semanas con recurrencia. Pero desde fines de 1980 existen de hecho y de derecho situaciones de paz con gran parte de esos países. La lógica resulta similar a la que planteara Ariel Sharon cuando el país marchó a la guerra del Líbano: "Hay más de mil muertos por el terrorismo", aseguró, mientras en los tres años anteriores a la guerra murieron 37 personas en actos terroristas y el año anterior sólo murió una persona. Resulta obvio decir que eso es igualmente inaceptable, pero también sería al menos tonto escapar de la pregunta que me perseguirá durante ese mes: ¿El mito de la seguridad existe? ¿El miedo a la guerra puede llevar a situaciones aún más graves que la guerra misma?

La gente que ahora camina por la calle Dizengoff aprendió aquí el hebreo, pero le canta a sus hijos canciones de cuna en inglés o ruso, y quizá sueñe en idish. El servicio militar parece haberse convertido en la única experiencia colectiva forjadora de una cultura común.

El Pentágono calcula en un estudio confidencial que una próxima guerra dejaría más de siete mil muertos israelíes, una guerra que sin dudas Israel ganaría sin devolver los territorios ocupados.

La comida del kibutz es insoportable y esa noche rompemos una regla de la pequeña comunidad de Ramot Menashé: compramos un par de pizzas y cenamos con Celso y su mujer. A la sobremesa se agrega una "hija del kibutz" que presta el servicio militar, y un exiliado argentino. Alguien comenta con naturalidad que esa tarde un grupo de civiles tiró una granada de humo dentro de un micro con trabajadores árabes. Los demás reciben la noticia con el rictus de la fatalidad. Y abandonados a la costumbre. La chica —vestida con ropa de fajina— se molesta cuando le hago preguntas. Después estalla en un monólogo:

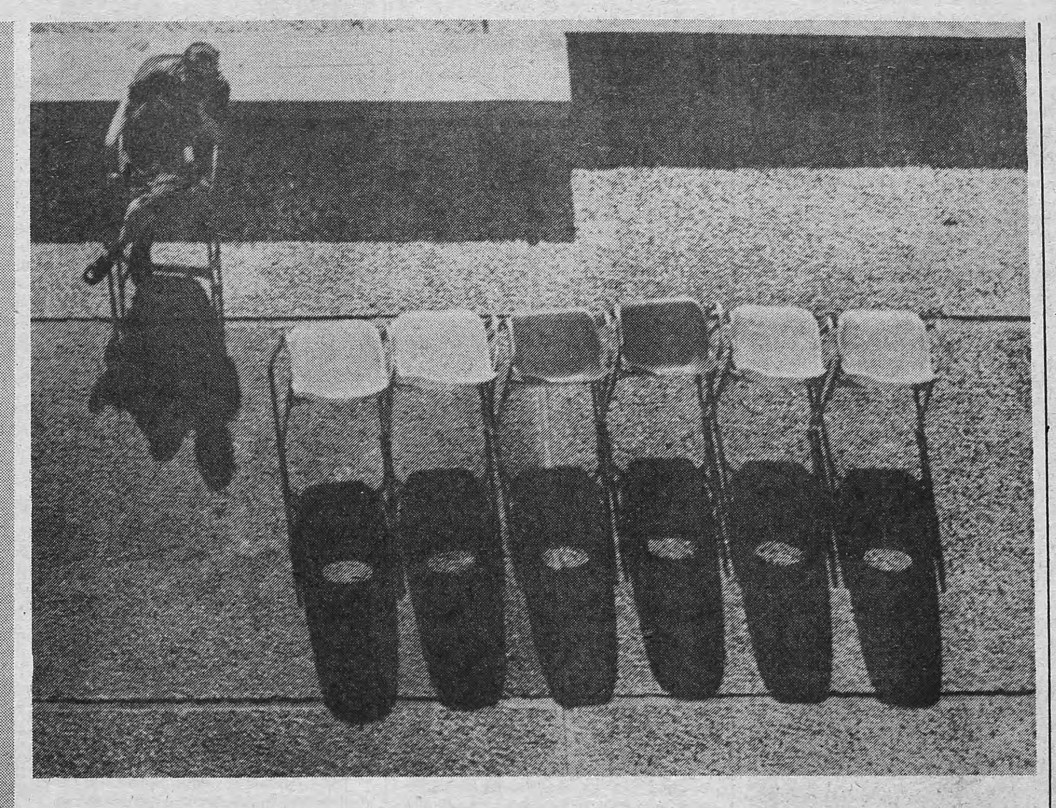
—¿Sabés qué es lo que más me jode? La mirada de los árabes. Cuando entramos a la ciudad, el micro nuestro pasa despacio entre filas de árabes que ahora, con el paro general, se sientan en la puerta y ven pasar el tiempo. Me destrozan esas miradas de odio.

Accidentalmente surge el tema del Holocausto. Hace unas semanas terminó en la ciudad el juicio a John Demaniuk, un oficial de las SS. Fue trasmitido a todo el país por la televisión cultural. Uno de los testigos —ex prisionero de Demaniuk en el campo de concentración de Treblinka— se convirtió en el shock del juicio. Su hija, entre el público, nunca le había escuchado hablar del Holocausto. No sabía que su padre había sido prisionero. Durante la declaración, el testigo pidió disculpas públicas a su hija y confesó que había sido usado en el campo como homosexual. Durante el relato lloraba, y volvía al lenguaje de su infancia.

Celso me cuenta que en el kibutz pasó algo similar. Una mujer mayor, fundadora del kibutz, recibió hace poco una medalla al valor del gobierno polaco. Sólo en ese momento el kibutz supo que la mujer había estado en un campo de concentración. Nunca, durante cuarenta años, había hablado del tema.

Alguien enciende la televisión. El noticiero de las nueve da comienzo con una noticia sobre Irlanda. Las cámaras muestran cómo dos policías mueren en manos de simpatizantes del IRA.

—Por favor, cambien eso. Es horrible —dice la chica, y rompe en llanto.



EL REINO DEL INDIVIDUO SILENCIOSO

Por razones históricas, la sociedad israelí reconoce a los individuos sólo en tanto formen parte del gran grupo. Forjada sobre el silencio de las historias particulares, esa sociedad se irrita ante las voces aisladas y vive en la cornisa de sus propios fantasmas.

*Por Shulamit Har-Even**

Las colonizaciones judías en los territorios comenzaron hacia finales de la década del '70. Viendo los grupos que se ligaban a esa tarea, no era difícil adivinar lo que iba a suceder. Hasta entonces, esos territorios no expresaban la presión social que hoy conocemos. No eran necesarias las revueltas. Por esa época, comenzaban a llegar a Israel, en calidad de trabajadores y traídos por intermediarios árabes, un reducido número de habitantes de los territorios. Era posible advertir en los israelíes cierto vago sentimiento de culpa por utilizar esa mano de obra, pero la situación de los palestinos no preocupaba a la sociedad israelí, pletórica de victoria.

Era hasta cierto punto comprensible, después del miedo que suscitó la guerra. Creció entonces una de las presiones psicológicas israelíes más complicadas de desentrañar: la del individuo frente a la sociedad. Después de la Guerra de los Seis Días esa presión se encallecíó. Se hizo difícil el diálogo con una sociedad tan segura de su propia fortaleza. Cada grupo es en realidad una suma de sus individuos, y en la sociedad israelí cada individuo es instado a participar activamente en la vida colectiva, a preocuparse por lo que ocurre en el país (¿En qué otro lugar del mundo las personas escuchan un noticiero cada hora?). Sin embargo, nuestra sociedad cuida, defiende, educa al grupo en tanto grupo, pero no percibe, y si percibe se irrita por las necesidades de cada uno de los individuos. Habitualmente, se esconden los problemas y las críticas individuales. Nos comportamos como si solamente tuviéramos derechos mientras permanecemos agrupados. Este problema no surgió con la guerra, sino mucho antes. Antes, incluso, de la independencia del Estado. Las raíces de este mal hay que rastrearlas en las primeras corrientes inmigratorias, que cimentaron la forma del comportamiento futuro. En aquel momento, pensarse en grupo era lo único posible. La generación de los "formadores" estuvo compuesta en su gran mayoría por personas que emigraron con un peso ideológico y una voluntad profunda. Vivieron arrancados de sus respectivos espacios, que cambiaron por una tierra distante, a la que ellos debían llenar de contenido. Esa tarea violentó las individualidades, que se eliminaron para darle fuerza al grupo. Volvieron a nacer dentro del grupo. Pero el precio fue enorme: el inicio de la colonización sionista incluyó suicidios, presiones, enfermedades, conflictos, llantos nocturnos. Una sombra acompañó a aquellos pioneros todo el tiempo: fue la de su yo individual, que ellos sacrificaron en pos de aquel sueño colectivo. Así, en los primeros kibutzim, se pensó que los niños no debían saber quiénes eran sus padres biológicos, para que el grupo reemplazara totalmente a la familia.

El grupo, en tanto tal, pasó a ser una realidad constante, porque todos sabían que sin este componente la revolución sionista no hubiera sido posible. La generación de los primeros hijos del país creció sin abuelos. Ellos estaban en la diáspora. Esa característica de estos grupos familiares también fortaleció la noción de gran familia. Cuando el holocausto provocó la muerte de quienes habían permanecido en la diáspora, se unió a este panorama un sentimiento de culpa terrible, como éste que denota una canción que encontré en el diario de uno de aquellos pioneros, escrita para un hermano muerto en el Holocausto:

"Tal vez en la aldea que se incendia
gritaste hermano cuando la sangre de tu
corazón chorreaba
olvidaste mi vida
me dejaste solo con mi sangre
entregaste mi cuerpo a la muerte
en la diáspora."

La incomprensión del individuo se tornó casi una religión. El individuo fue obligado a un silencio total. Esta situación, hasta los últimos diez años, demuestra que Israel no era sólo una sociedad inmigratoria: estaba formada por personas que vivieron conflictos muy difíciles y siempre los callaron. Hemos aprendido a justificar todo lo que pasa en Israel. Lo bueno y lo malo. Cuando los primeros inmigrantes criticaban lo que pasaba en esta sociedad, como un modo de integrarse a ella, se toparon con puertas cerradas a esa actitud. Esa sociedad les decía "Callate, porque también nosotros nos callamos", o, lo que es lo mismo: "Si yo pude darle un cambio radical a mi vida y volverme instantáneamente israelí, vos también podés hacerlo".

Los judíos que llegaron después del nacimiento del Estado tenían ideas diferentes sobre el ideal sionista, pero el resultado de la primera inmigración sigue vigente hasta hoy: Israel es un país de gente rencorosa, con un rencor de años que nunca pudo solucionarse. Por eso no tiene base la afirmación de que Israel es una cultura occidental, cuando Occidente privilegia las relaciones individuales, las necesidades y derechos de la persona. Israel es tal vez el único país llamado occidental que no tiene una ley para garantizar las necesidades elementales del individuo (Constitución). La relación entre el individuo y sus representantes es también un síntoma importante. Durante los 40 años del Estado ni la violencia de las fuerzas de seguridad ni la abulia ni la burocracia crearon entre nosotros la indignación necesaria en la discusión entre la sociedad y el individuo. Partimos de que el individuo nunca tiene razón, y mucho menos si es árabe. Nuestro "occidentalismo" no deja de ser antiarabismo o antiorientalismo. La forma más rápida de identificarse con la sociedad, y la más peligrosa, es identificarse con el mito general, que no es otra cosa que la respuesta inmediata a una necesidad subjetiva y no a un hecho real. El mito es un secreto tribal, y puede convertirse en una droga tribal. Si el individuo se siente mal, se hace del Holocausto el símbolo de toda la sociedad israelí y todos los miedos pasan a sintetizarse en el miedo al Holocausto. Sobre este miedo crecemos. Y así, en cualquier niño palestino de diez años que arroja una piedra vemos la amenaza del Holocausto, la constante referencia a la identidad de este grupo compacto que somos los israelíes. Una escasa población sin derechos civiles, sin armas ni protección, exige sus necesidades. ¿Amenaza esta población la existencia del Estado? Un extranjero no puede entender esto, y tampoco podrá entenderlo el historiador del futuro. Lo más terrible de esta mitología tribal es que no deja chances: o nos volvemos asesinos o somos asesinados, o las dos cosas al mismo tiempo. La mayor mentira de todas es que no es posible ningún cambio porque nuestra seguridad lo impide. Y eso es tirarle nuestra responsabilidad a los otros: los árabes, los palestinos, la región. No queremos aceptar que estas presiones —como la de mantener los territorios con un millón y medio de habitantes— son presiones sociales de base, y que sólo nosotros podremos resolverlas.

** Shulamit Har-Even es socióloga de la Universidad de Jerusalén. El artículo apareció en Al Hamishmar y fue traducido por Celso Garbarz.*